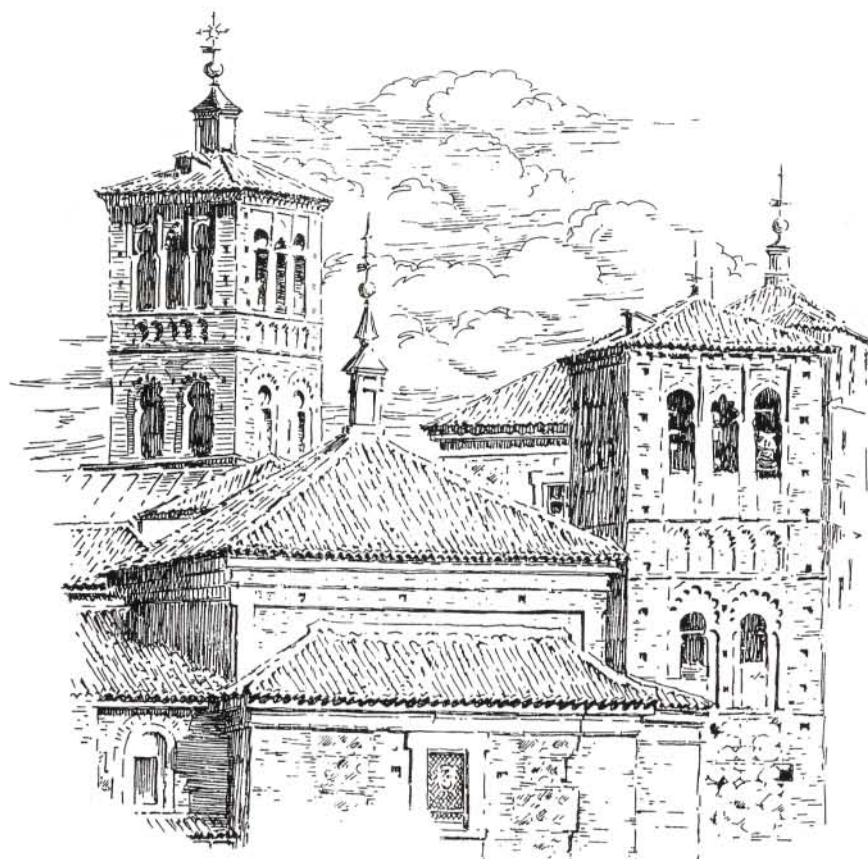


Corpus Christi 2002



TOLEDO - TORRES MUDEJÁRRES

Luis Riaño



Enrique Lorente Toledo
Pregonero Corpus 2001

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

Autoridades, compañeros de Corporación, amigas y amigos.

No sería justo si no manifestara ni emoción por pronunciar el primer pregón del Milenio en nuestro espléndido Teatro de Rojas, hoy especialmente adornado. Gracias a quienes con sus decisiones y pareceres lo han hecho posible.

Soy consciente del privilegio que tengo, como Concejal y toledano, para dirigirme a un auditorio tan extenso de amigos y convencinos para abrir nuestras próximas fiestas del Corpus. Y faltaría a mi sinceridad si no dijera que deseo que vuestra presencia aquí, que agradezco de corazón, se vea recompensada con unas palabras que os sirvan para conocer algo más de nuestra Fiesta Grande y de su cambio y permanencia en una ciudad en los últimos cuarenta años. Por ello, este Pregón o mejor crónica con retazos de historia, que he titulado “Vivir el Corpus”.

Primavera de 1960.

Junto al río hay una piedra gorda. Parece que después de rodar por el barrio de los Tintes abajo, respetuosamente se ha parado al borde mismo del agua. Allí, sirve a los chavales de atalaya para divisar mejor el río y los sucesos ocurridos en él; que sin duda rompen la diaria monotonía del barrio. Ven como el agua brama bajo los Molinos del Hierro que, con la fuerza del río, trituran grano desde el siglo XIII y ahora están transformados en una moderna fábrica de harinas. Y observan la presa que soporta la fábrica de la luz en que se convirtieron los antiguos molinos de Saelices, en la otra orilla; y cómo se colocan en ella los pescadores, o mejor se anclan, para vencer la fuerza del agua que bate sus piernas, mientras consiguen carpas y barbos que pocos días después serán escabechados en alguna taberna del barrio. Sobre la piedra se entusiasman cuando bajan las piraguas por el río y cuando salvan la presa a hombros de los piragüistas; y se asustan cuando las crecidas rompen la caja del río y el agua llega hasta su base.

El río forma parte del barrio. Es como una calle más que una familia de barqueros hace que no sea límite de nada, pues comunican sus orillas con una frágil barca que dominan vigorosamente frente a la corriente, manejando los remos con la maestría adquirida a lo largo de toda una vida. ¿Qué digo de una vida? ¡de siglos!, pues parece que han heredado su oficio de todos los que, desde el siglo XIV, han cruzado el río con la barca de Pasaje a los paisanos que iban o venían de la Sisle.

La piedra gorda es como un fetiche en el barrio. Atrae todas las tardes a las vecinas que, junto a ella, se sientan en sus viejas sillas de anea, mas altas o más bajas, algunas barnizadas y otras desconchadas y repintadas con titanlux verde o azul, mientras cosen o remiendan, hablan de su vida y de sus preocupaciones familiares, o comentan las noticias mas recientes. Así tejen la intensa vida de barrio que se respiraba en esas calles.

Una de estas tardes, a comienzos del mes de mayo de este año de 1960, el corrillo de vecinas comenta con añoranza el jaleo de días pasados, cuando el barrio era el camino imprescindible para quienes, anualmente, practican el rito de cruzar el río en la barca y subir a la romería del Valle por el camino de piedra.

Ahora en el barrio hay silencio y ausencia de caras nuevas. Una de las melancólicas vecinas recorre con su mirada el talud reverdecido del río, donde pacen las cabras, y entona

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

aquel “camino verde” de la canción donde “lloran de pena las margaritas”. Otras piensan en el verano, ya próximo, cuando el río se fusiona con la ciudad y en la playa de Onceculos, vecinos y no vecinos, comparten baño y arena, vino y tortilla, y peces escabechados y, si había suerte, los higos cogidos en las huertas cercanas, humildes herederas de aquella otra de la Alcornia, que fue residencia veraniega de los Arzobispos hasta que una riada la destruyó en el siglo XVI.

Han pasado varios días. De nuevo, otra tarde, las mujeres toman el amable sol de primavera ante puntada y puntada. En la orilla se oye el silencio, sólo roto por la corriente del agua y el canto de algún pájaro; del otro lado del río llega el tintineo del martillo del artista batiendo el hierro. Pero poco dura este sosiego; se rompería el ritual inconsciente que las ha convocado en torno a la piedra gorda si se mantuvieran calladas. Y una de las contertulias, deseosa de ser la primera en anunciar el tema del día, dice de forma vehemente que Bahamontes rueda en cabeza de la Vuelta a España. Los chiquillos dejan de cambiarse cromos en lo alto de la piedra y festejan a gritos el comienzo victorioso del Aguila de Toledo.

Otra de las vecinas, que suele estar muy atenta a los temas de sociedad, lamenta no poder comprar un aparato de televisión, pues cuesta la elevada cantidad de 13.500 pesetas, para ver la boda del año entre la princesa Margarita de Inglaterra y un fotógrafo. Acaba su noticiario de actualidad comentando que Radio Toledo ha anunciado que en la Estación del ferrocarril, se rodará la película “El Indulto”, dirigida por Luis Saenz de Heredia y protagonizada por Conchita Velasco.

Las mujeres han terminado su tarea y se desparraman por las calles de la Retama, de Adabaquín o de los Tintes que, como las otras del barrio, convergen en el pequeño jardín que une la bajada del Barco y la calle del Pozo Amargo, donde los lilos silvestres se llenan de flores y olor en primavera.

Es un barrio que tiene forma de abanico con el borde apoyado sobre el agua. Sus calles son largas y algunas más anchas que las del resto de la ciudad; no tiene casonas palaciegas pero si casas transparentes; la vida en él es tan familiar que las ventanas están casi siempre abiertas, sin que importase demasiado oír lo que se dice en el interior de las viviendas. Eso convierte, a veces, la calle en un festival radiofónico donde los ritmos latinos de Radio Intercontinental se mezclan con las folklóricas canciones difundidas por radio Madrid; y donde las letras del Dúo Dinámico, lanzadas al aire por Radio Toledo, se unen a los boleros de Radio España. Eso sí, a las dos y media en punto, un soniquete, ya metido para siempre en nuestros tímpanos, anuncia que Radio Nacional de España comienza la retransmisión de aquellas noticias con las que el régimen nos entretiene. Por estos días del mes de mayo de 1960, además de la boda real inglesa, las dos noticias mas difundidas son la crisis entre Estados Unidos y Rusia provocada, eso sí, por los rusos, que habían derribado un avión espía norteamericano U-2; y, como todos los años, la conmemoración del golpe de estado del general Franco que, en esta ocasión, se celebra en Barcelona con un gran desfile militar de 20.000 soldados. Mientras tanto las ondas de Radio Andorra lanzan al aire libre otras noticias de difusión menos convenientes como la captura de Eichmann, el oficial de las SS que había inspirado a Hitler el holocausto contra los judíos, o que Jordi Pujol había sido detenido en el Palau de Barcelona por manifestarse en contra del régimen.

Otro día de mediados de mayo, de nuevo la hora de la siesta convoca a las cinco vecinas a su improvisado estrado de damas, junto a la piedra gorda. El corrillo comenta las

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

noticias mas recientes en la ciudad como el nombramiento del nuevo obispo auxiliar D. Anastasio Granados; que, con motivo del Corpus, se inaugurará una Oficina de Turismo en la Vega para atender a los visitantes y que está a punto de finalizarse el Garaje Alcázar. Por fin -dice una de las vecinas- habrá menos coches mal aparcados en nuestras calles. ¡Vana ilusión! dice otra más sensata.

Faltaba casi un mes para el Corpus, pero el Toledo oculto, el de los vecinos, ya empieza a vivir la fiesta, a sentirse protagonista de ella y lo hace preparando el traje nuevo. Los talleres de modistas, como el de la calle de Santa Isabel, aumentan su trabajo y sus listas de espera, las clientas ven, o mejor dicho estudian, los figurines para elegir el mejor modelo, mientras se compran las batistas y los estampados que mejor vayan con su hechura. Otras suben bajos, ajustan costuras y rehacen escotes para dejar como nuevos los vestidos de otros años. Mientras tanto los calzados Imperio y Agudo reponen sus escaparates; saben que los zapatos nuevos son compra obligada en el Corpus a pesar de que pueden convertir ese día en un suplicio. Pero eso sí, el vestido y los zapatos de estreno serán el secreto mejor guardado entre amigas y vecinas.

A finales de este mes de mayo, en el corrillo de la tarde, la vecina ilustrada saca de su bolsa de labor unos recortes de prensa y lee al resto, con voz solemne, una noticia ya entonces largamente esperada: "El Corral de Don Diego va a ser restaurado y convertido en un típico recinto a modo de alcaicería. Al efecto serán aprovechados y restaurados los restos que aun se conservan de la casa de Trastamara". ¿Qué es eso de una alcaicería?, -pregunta una de las mujeres-; será un tablao flamenco como los que están de moda en Madrid, -dice otra-; pero la vecina informante corta las conjeturas diciendo que se lo preguntarán al maestro del barrio cuando le vean y así nos dirá quiénes son los Trastamara. Otra vecina, más escéptica ante la noticia, dice al resto que tardarán tanto en restaurarlo que, incluso, dará tiempo a que lo pueda explicar alguno de los alumnos del maestro cuando termine la universidad. Las risas consiguientes, son interrumpidas por la lectura de una última noticia del periódico local que anuncia el nacimiento de nuevo barrio en la ciudad. Dice así: "la víspera del Corpus, vendrá a Toledo el Ministro de la Vivienda, y en nombre del Estado comprará, por algo mas de treinta y tres millones de pesetas, unos terrenos a las afueras de Toledo, en la carretera de Cuenca, para formar un Polígono Industrial. El acto tendrá lugar en la Sala Capitular del Ayuntamiento y estará presidido por el Cardenal Pla y Deniel".

Ha comenzado el mes de junio. En la ciudad ya se respira el ambiente del Corpus y eso se nota también en la cotidiana tertulia del río que hace de la fiesta el único tema de conversación. Hoy el primer comentario es el fallo del primer premio de los carteles del Corpus; lo ha ganado un pintor toledano que hace gala de la herencia artística que le ha trasmitido su padre, un importante damasquinador. Además, aprovechando que se han publicado los festejos previstos, cada vecina trata de convencer a las demás que lo más atractivo es lo que le gusta a ella. Una, con varios hijos deportistas, dice que no se perderá el ya tradicional concurso hípico, el partido de fútbol y la carrera ciclista; otra dice que irá a los juegos florales o al recital poético de la plaza de Santo Domingo el Real y a la exposición de Artistas Toledanos de la Posada de la Hermandad; la tercera de las contertulias comenta que asistirá al auto sacramentado de El Gran Teatro del Mundo, y al concierto de la Orquesta Sinfónica de Madrid. También, dice otra vecina que habrá

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

un concurso de calles, con un primer premio de 9.500 pesetas, y de balcones con 500 pesetas para el ganador. Por último, la más mayor, dice que prefiere ir al Miradero a ver los fuegos artificiales.

Se olvidan que las fiestas incluyen una espléndida tarde de toros, con Ordóñez, Camino y Mondeño en el cartel y que la feria animará el paseo de la Vega donde, entre horchata y limón granizado, los niños disfrutarán esperando a los mayores que han ido a la corrida.

El comienzo de la semana del Corpus hace de las tiendas de comestibles un hervidero, sobre todo la de la calle de los Tintes, en el centro del barrio. En estos días en que las casas se llenan de hijos y nietos o, simplemente, de parientes e invitados, las clientas critican que el kilo de unos simples limones o de unos pulcros tomates valga 9 pesetas o que el de cebollas sea imposible conseguirle a menos de 4 pesetas. Pero en la tienda está esa vecina siempre atenta a las noticias y trasmite, como solución al problema, que la radio ha anunciado que en estos días “se está implantando en España una cadena de supermercados, al estilo europeo, llamada Spar, que rebajará los precios”. Cortan esta intervención la cara poco amable de la tendera y el escaso interés de las señoras que esperan la vez, que prestan más atención a las recetas dichas por unas y otras y a las soluciones para tener preparada la comida del Corpus el día anterior, para disfrutar también ellas plenamente de la fiesta que se vive en la calle desde por la mañana temprano, hasta que la noche, el dolor de pies y el cansancio les rinda.

Y también en la tienda, como si de un alto estado mayor se tratara, se estudian las estrategias para obtener un buen lugar donde ver la procesión. Es el momento de preparar las sillas para colocarlas en la calle del Barco, junto a la pared del Mercado o de la Catedral. Cada vecina, entre risas, dice el modelo que pondrá este año; una subirá las de un desvencijado comedor que un día fuera de postín; otra colocará una tapizada en cuadros; la otra un taburete de madera; otra más fina colocará una de formica y otra guardará sitio con un simple cajón de verduras. En fin, el muestrario está servido y será atado con cuerdas para que nadie le mueva antes de la procesión; y hasta que esta llegue, los turistas y visitantes, aunque asombrados por lo variopinto y pintoresco de la escena, agradecerán poder utilizar las sillas como generoso descansadero en su recorrido.

Algunas vecinas, prefieren madrugar y sentarse en las escalinatas del Teatro de Rojas, donde se colocan también los ancianos del Hospital del Rey. Sus blancas cabezas, entre las también blancas tocas de las monjas, contrastan con sus oscuras vestimentas, y componen una escena casi monocroma que hace destacar aun más los vestidos multicolores recién estrenados por las chicas. Otras se situarán en la calle de la Trinidad, donde desemboca el callejón de Jesús y María, el lugar más estrecho por donde pasa la procesión y, para algunas el más bello.

Ha llegado la víspera, el miércoles 15 de junio de 1960. Algunos chicos del barrio, esos que se suben en la piedra gorda, están repeinados y con traje nuevo. Meriendan chocolate en el pretil de la calle de la Retama mientras llega la hora de los Gigantones. Unos leen el “Capitán Trueno” y otros “El Guerrero del Antifaz”; sus héroes de papel que viñeta tras viñeta desgranaban los trasnochados valores de cruzada medieval que también enseñan los libros de texto permitidos por el régimen gobernante.

El pretil, como en casi todos los barrios es polivalente, además de servir de asiento y de trampolín de saltos, se usa como tobogán para darse buenas arrastradas que, en no pocas

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

ocasiones, provocan la regañina de la madre cuando se ve obligada a poner culeras en el pantalón; pero también es cátedra de la improvisada academia en que se convierte cuando, el admirado maestro del barrio, descansa allí de su paseo vespertino, y los chiquillos se arremolinan en torno a él para que les cuente historias de la ciudad.

El maestro no es enjuto y seco, como el de la poesía de Machado. Es un hombre sabio que está tan cargado de carnes, como de paciencia. Tanta tiene, que ha amaestrado una gallina y la ha convertido en su fiel acompañante y, por eso, en uno de los grandes atractivos del lugar, pues se la considera un fenómeno tan extraño como aquella otra, con dos culos y cuatro patas, que había nacido en una granja próxima. ¡Vamos, que las humildes gallinas eran el animal de moda del barrio!

Pero el entrañable y bondadoso maestro no destaca por su paciencia para amaestrar gallinas, sino por esperar día tras día a que le reconocieran su puesto de maestro nacional, del que le habían apartado, tras la guerra civil, por sus aficiones políticas de izquierdas. Mientras tanto lleva veinte años ganándose el sustento con clases particulares que, en torno a la misma mesa, imparte a chicos y chicas de este barrio que le ha adoptado. En ellas siempre está con un libro en la mano y cuando es necesario, como el maestro machadiano, truena con ¡timbre sonoro y hueco! para que todos aprendan las tablas y sepan leer y expresarse correctamente, sin faltas. Esa es su obsesión. Pero no solo enseña, también se preocupa de que los chicos que quieren entrar como alumnos de la Fábrica de Armas, preparen con tiempo los exámenes que, como todos los años, se han convocado en este mes de junio; o se relaciona con su colega del colegio tutelar de menores, fundado en la plaza Santo Domingo el Antiguo a comienzos de mayo de este año de 1960, para hacer el seguimiento de algún alumno allí internado.

Durante esa tarde del 15 de junio, víspera del Corpus, como tantos días, el maestro da su paseo hacia el río bajando la calle de la Retama. La arreglada muchachería acude veloz; los pequeños a jugar con la gallina; los mayores, toman asiento en el pretil y piden al maestro que les hable de la Tarasca y de la despeinada figura que lleva encima.

Ese dragón monstruoso y de largo pescuezo -dice el profesor- simboliza el pecado. Sobre él baila de forma alborotada y voluble una mueca que en Toledo se la llama Ana Bolena, para escarnio de la bella aristócrata inglesa que, por sus amores de Enrique VIII de Inglaterra, provocó el cisma anglicano en el siglo XVI. Componen el conjunto, tradicionalmente representado por la iconografía cristiana, de la mujer pecadora asociada a la serpiente. La Tarasca -prosigue- junto a los Gigantones marca el comienzo del espectáculo que, durante dos días, pone en escena como la fiesta mundana y el pecado se adueñan de la calle, hasta que el Corpus les aparta y les hace recogerse. Es la representación del triunfo del Corpus sobre la herejía, en una ciudad que protagonizó mejor que ninguna otra el espíritu de la contrarreforma católica y la oposición a cualquier corriente que cuestionase el centralismo papal.

El alborotado cacareo de la gallina, que huye del acoso de la chiquillería para refugiarse tras las piernas del amo, no consigue interrumpir la conversación. El maestro, ya acostumbrado a la desesperación de su educada gallinácea, continúa explicando a los chicos que la Tarasca estaba tan vieja porque era la misma que había llegado a Toledo, procedente de Barcelona, en 1755, siendo arzobispo Lorenzana, y a duras penas, con remiendos y arreglos, aun seguía saliendo todos los años. Lo que no ocurría con los Gigantones de esa época que, debido a su

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

mal estado, ya estaban guardados en el claustro alto de la catedral. Como veréis ahora -prosiguió el maestro- solo salen los cuatro del Ayuntamiento, más modernos, que representan al Alcalde y la Alcaldesa y a los Reyes Católicos. Se ha querido resaltar a estos monarcas por crear el cargo de Corregidor, quién gobernaba mediante bandos, como el que lleva en una mano el gigantesco alcalde, y controlaba las llaves de la ciudad que porta su gran mujer; o quizás se ha destacado a estos reyes por impulsar las fiestas del Corpus, pues en 1502, D. Fernando y el príncipe heredero Felipe el Hermoso participaron en la procesión junto al cardenal Cisneros; o se ha querido expresar la vinculación de la ciudad con la monarquía, pues no nos olvidemos que desde el siglo XIV el escudo de Toledo es el propio del rey.

Suenan los primeros cohetes. Los chicos muestran su nerviosismo y el maestro termina la conversación con ellos recomendándoles cuidado con las gigantillas que acompañan a la Tarasca, pues cubren su cara con máscaras y amenazan con vejigas hinchadas provocando el miedo y las carreras de pequeños y mayores para ocultarse en los portales de vecindad.

Solo queda un chico sentado en el pretil de la calle de la Retama; espera a su padre que ya sube por la cuesta, con las botas de goma al hombro, zurrón y larga caña de bambú. Vuelve de pescar y en su humilde butrón de cuerda aun aletean los barbos salpicando agua. El joven pescador saluda al maestro, quien le invita a participar en la conversación que había entablado con otro personaje asiduo del barrio: un antiguo jefe de carabineros que solía leer el periódico sentado en el pretil, tras sus lentes montadas al aire, y que por las mismas aficiones políticas, comparte con el maestro el estar depurado de su puesto y vivir de otros afanes. Es alto y severo, educado y serio, y cuando habla manifiesta su densa cultura escolapia.

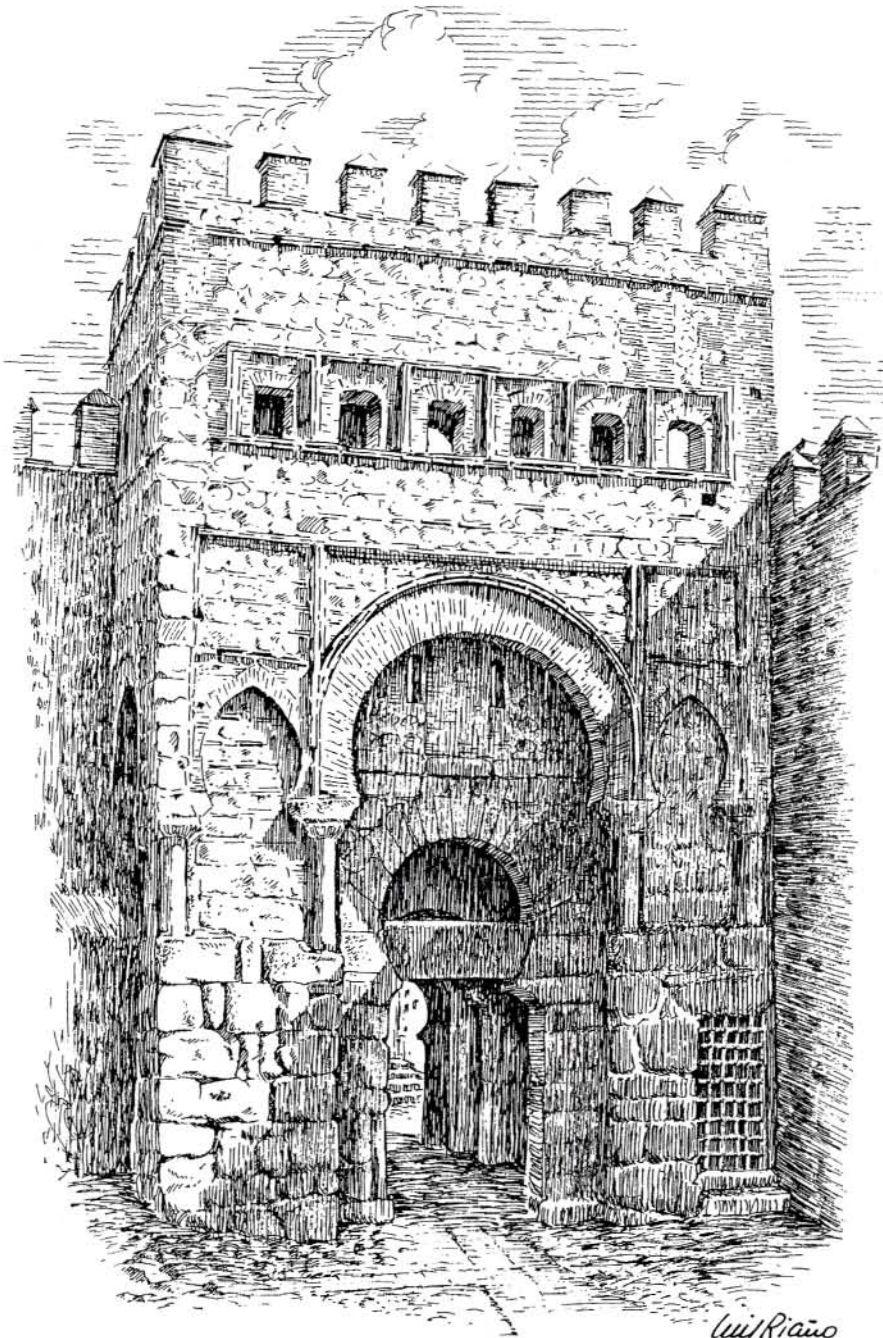
El tema de conversación del nuevo y docto corrillo es el Corpus y la transformación que sufre esta ciudad tranquila y sosegada, con 40.000 habitantes, que este año 1960 recibirá a diez mil visitantes.

Para mí -dijo el maestro- son muy interesantes las actitudes con que la gente acude a ver la procesión.

Hay personas que, con una breve e intensa oración, establecen una relación íntima con el misterio que, para los creyentes, porta la Custodia. Es una contemplación en soledad a pesar de la muchedumbre, es el reconocimiento personal de aquel milagro de la transubstanciación ocurrido en la misa de Bolsena, que hizo al papa Urbano IV instituir en 1264 la festividad del Corpus Christi el jueves siguiente a Pentecostés.

Otros acuden a contemplar la mejor pieza de la orfebrería hispana, la Custodia encargada por Cisneros y labrada por Enrique de Arfe entre 1515 y 1524. Se hizo para albergar el ostensorio de oro o custodia de mano de la capilla privada de la reina Isabel la Católica, comprada por el Cardenal a la muerte de esta. La gran Custodia necesitó 183 kilos de plata, entre los que se encontraba los procedentes de la antigua custodia medieval de la Catedral y se embelleció con piedras preciosas, esmaltes y perlas.

Tras ser dorada por orden del Cardenal Quiroga, empezó a salir a las calles en 1595, primero a hombros y desde 1600, en carroza. Solo la climatología, algunas situaciones políticas



TOLEDO - PUERTA DE ALFONSO VI

Luis Riaño

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

o el mandato papal de que se utilizase la custodia de mano ha impedido, de manera excepcional algunos años, su recorrido callejero.

Llegan estas personas -explica el maestro- para ver una de las mejores expresiones del arte fuera de su vitrina museística, a comprobar que sólo se comprende para lo que fue hecha la Custodia si se la contempla recorriendo las calles; cuando su movimiento hace tintinear las campanillas y provoca el balanceo de algunas de sus figurillas o cuando el brillo de sus piedras y esmaltes capta la atención de sus observadores.

Pero advierte que estos amantes del arte no deben olvidar otras dos joyas de la procesión, cada una con su propio espacio. Son dos cruces del siglo XV. Una marca el comienzo de la procesión, es la cruz flamígera regalada por el rey portugués Alfonso V al arzobispo Alfonso Carrillo y realizada con una manga cilíndrica bordada en tiempos de Cisneros; la otra preside el Cabildo Catedralicio y es la alta cruz patriarcal, de plata dorada, del Cardenal Mendoza.

El culto jefe de cabineros añade que hay una tercera actitud hacia la procesión; la de aquellas personas que acuden a contemplar el cortejo en su totalidad, a ver la enorme composición barroca de bordados y pelucas, capas y jubones, estandartes y tapices, que son como la gran vestidura de la Custodia.

Se tienen noticias -narra el docto personaje- que la primera procesión del Corpus se celebró en Toledo en 1280, y que desde 1418 es por las calles. Desde entonces puede suponerse que el ritual comienza con la misa de pontifical en la Catedral que oficia el Obispo Auxiliar o el Deán, de acuerdo con el "Officium de festo Corporis Christi", o liturgia de la nueva fiesta que redactó Tomás de Aquino por orden de Urbano IV.

Aunque medieval en su origen, son la estética y las labores del siglo XVIII las que dominan en el cortejo, y lo hacen con toda su fuerza, desde el principio, cuando los rojos ropajes de los timbaleros contrastan con la amplia capa del pertiguero, tan blanca como su peluca de bucles. Este con su vara de plata anudada señala el comienzo de la procesión, impone silencio y dirige el ritmo de los primeros procesionantes: los ricos y bordados estandartes de las cofradías, más modernos pero no menos barrocos. Van presididos por el gran pendón de los Hortelanos, de color verde como la corona donde cuelgan los frutos de las huertas toledanas, que fue símbolo de la fiel conversión de los moriscos asentados en Toledo.

El gran desfile de vestiduras barrocas tiene su centro en las floreadas capas pluviales del taller toledano de los Molero, que en número de doscientas están al servicio del clero urbano, quien desfila en la procesión desde 1591 por orden de Felipe II, de los capellanes mozárabes y de reyes, y del cabildo catedralicio salvo que este utilice las doce capas de dignidades del madrileño taller de Mustieles. Y en medio de esa gran marea de vestiduras de oro y plata desfila, por privilegio de antigüedad, la cofradía de la Santa Caridad con pajes ataviados también con dieciochescas capas, pero de color verde, como la cruz que les sirve de enseña.

Y la carroza sagrada se suma a esta estética con su espectacular dorado, que resalta aun más las exuberantes tallas barrocas realizadas por el leonés Bernardo Miquelez en 1781, y su

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

gobierno por obreros de negros vestidos, de calzón corto, al estilo dieciochesco. Cierra el cortejo religioso el Cardenal vestido con su gran capa magna de cuatro metros de longitud, con la que culmina el barroquismo del espectacular cortejo.

Desde antiguo acompañó a la procesión el Ayuntamiento que, con sus alguaciles y sus cuatro sofieles, dos maceros y dos medalleros, ataviados de negro y rojo respectivamente, a la usanza del siglo XVI, aporta unos de los modelos más antiguos de vestimentas.

El joven pescador comenta que en la procesión también desfilan, haciendo gala de una tradición del país, los niños y niñas que han hecho la primera comunión ese año y cuya ilusión por salir -dice- se convierte en cansancio y agotamiento provocados por el calor y el sube y baja por las calles.

Efectivamente -dijo el maestro- el primitivo cortejo se ha visto incrementado hasta hoy con nuevas cofradías como la Adoración Nocturna que empezó a salir en 1899, y con capítulo de coloristas hábitos como el de los Infanzones de Illescas que desfila desde 1925 o el del Santo Sepulcro desde 1928; precisamente este año sale por primera vez el Hispanoamericano del Corpus Christi. También se incorporó, precediendo el desfile, la guardia civil que con su tricolor uniforme de gala y sus caballos, moviéndose por los estrechos e inverosímiles espacios de la carrera, colabora a aumentar el barroquismo de esta procesión que concluye con otras autoridades civiles y militares.

Este crecimiento a lo largo del tiempo ha cristalizado en un ordenamiento donde cada componente ocupa su lugar exacto. Su número ha aumentado, pero el orden no se altera. El jefe de carabineros, a quien le interesa más la religión íntima que la pública, opina que el crecimiento no ha tenido solo causas religiosas, sino que también se ha debido a la valoración social que se hace en la ciudad de la persona que sale en el cortejo. Esto ha dado lugar a que haya un Corpus de los que ven la procesión y otro de los que salen en ella para diferenciarse de los que solo pueden observarla.

Los cohetes suenan de nuevo. La calle de la Retama hace rato que está desierta de chiquillos, que se han ido en busca de la Tarasca. Los tres adultos se despiden. El maestro se marcha; tras él va la gallina, todavía no muy repuesta del sofoco.

El peinado chaval, con su traje nuevo, se ha quedado solo en el pretil leyendo al Capitán Trueno. Los últimos cohetes son como un resorte y en un santiamén se planta en la plaza de Don Fernando. Allí, en ese lugar donde jugaba cada tarde, comienza a invadirle una sensación de cambio pues ya no existe la fuente frente a esos lilos que derraman en primavera su generoso perfume; un poco más arriba, el portalón conserva la vieja viga mudéjar, posible testigo de un antiguo cobertizo de acceso a un corral moruno; pero su puerta, ahora siempre cerrada, ya no es el vomitorio por donde siempre salía gente, y tampoco está la taberna que había frente a él.

Alguna fachada conserva las hendiduras que permitían dejar pasar los ejes de los carros; pero en la brava Cuesta de los Escalones los guijarros están domesticados y una barandilla permite bajarla sin miedo. Y los letreros de la antigua fábrica de cajas ya casi no se leen, pero sus balcones conservan las hermosas rejas modernistas.

En la embocadura de la Bajada del Colegio de Infantes, percibe que han desaparecido la pequeña lechería y su paciente burra, imaginativa montura de cowboy donde le montaba su abuelo diariamente.

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

Los cambios también han afectado a los espacios y tiempos del Corpus, pues la decoración de las calles es más homogénea y uniforme desde 1971, cuando la Junta pro Corpus se hizo cargo de ello, pero falta ese punto de espontaneidad que aportaba la decoración vecinal. En 1986 se cambió el recorrido prolongándole hasta la plaza de El Salvador, eliminando el paso por el íntimo callejón de Jesús y María y aumentando, lógicamente, el muestrario de sillas y asientos. En este largo trayecto, la ausencia de plantas y adornos en algunas fachadas revelan el abandono de edificios en el Casco Histórico. Y nuestro paseo de la Vega busca el sosiego y traspasa la feria y los fuegos artificiales a la amplia Peraleda.

Incluso también cambió la misa de pontifical pues desde 1969, con el Cardenal Tarancón, empezó a ser oficiada por el propio Prelado quien, además, deja de salir en la procesión con la gran capa magna. Y desde 1972, año de la toma de posesión de D. Marcelo, el prelado pronuncia una homilía en la plaza de Zocodover.

Por último, los cambios también llegaron en 1991 al día de la fiesta, pues de uno de esos jueves que brillaba más que el sol pasó al domingo siguiente.

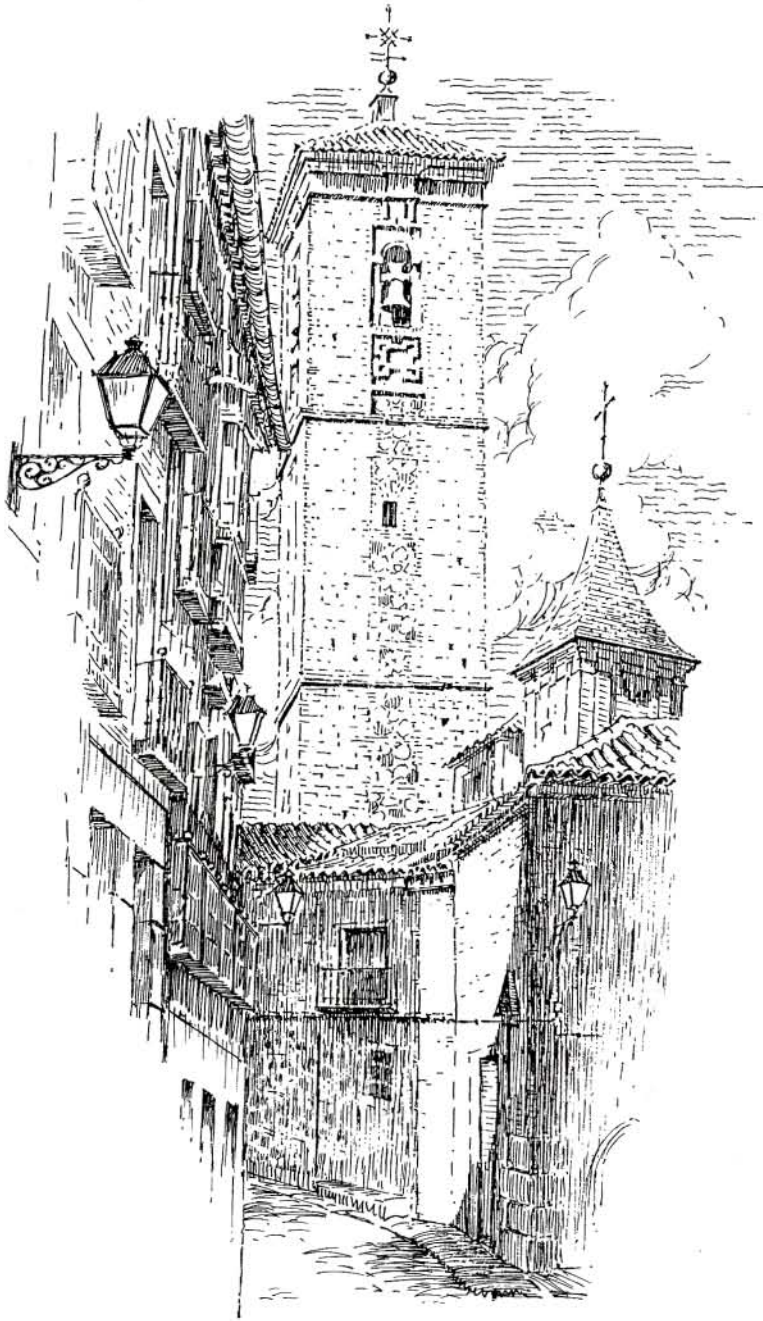
Pero también se han recuperado antiguas tradiciones como la incorporación del pertiguero en la inauguración de la carrera procesional durante la víspera, debido a la Junta pro Corpus. Es el heredero del cortasogas, personaje contemporáneo a la salida de la procesión por las calles, que comprobaba si los toldos y colgaduras entorpecían el paso de la procesión. También ese año de 1991 se recuperó la presencia de los barrocos pajecillos que arrojan pétalos de rosa al paso de la Custodia. Vestidos con trajes de calzón corto apuntillado, de color rosa, amarillo o azul, y con diadema sobre la blanca peluca peinada en bucles, su corta edad les convierte en los héroes de la procesión, pues a duras penas resisten las dos horas de desfile.

En estos cuarenta y un años han aumentado notablemente los participantes del cortejo: desde 1962 sale en la procesión el Colegio de Infantes, que había sido reabierto por el Cardenal Plá y Deniel el año anterior; en 1965, comenzó a desfilar la Hospitalidad de Lourdes; al año siguiente se incorporó la Hermandad Mozárabe que recuperó la que existía en el siglo XVI con la misión de potenciar este rito; y desde 1985 desfila la Cofradía Internacional de Investigadores. En 1991, se incorpora la Universidad.

Amigos y amigas, dentro de unos días, a punto de finalizar esta primavera de 2001, muchos de nosotros tendremos las mismas vivencias sobre el traje nuevo, la comida o la colocación de las sillas que antaño tenían las vecinas de los Tintes y percibiremos en la gente las mismas actitudes hacia el Corpus que relataban los cultos contertulios del pretil de la Retama.

Pero, además, también como siempre, viviremos otro Corpus, el de las sensaciones que se concentran en las treinta y seis horas transcurridas entre la tarde de la víspera y la noche de la fiesta grande, cuando la ciudad se transforma y triplica sus habitantes.

Una es el Corpus del color. Esta ciudad terrosa y beige brilla con los vivos tonos de los reposteros y de las flores, naturales o bordadas en los mantones de Manila y colchas de Lagartera que adornan los balcones; y brilla también con los vestidos recién estrenados. Las calles transforman sus colores pardos con el blanco de los toldos y los verdes de las



TOLEDO. SAN NICOLÁS

Riño
02

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

guirnaldas, con los multicolores faroles y las intensas flores de geranio cuya fragilidad a duras penas resiste los aguaceros. Pero, sin duda, es con el derroche de dorados, rosas y blancos de la procesión cuando culmina la transformación cromático de la ciudad en fiesta.

Otra es el Corpus de las formas, que empieza cuando se entolda la ciudad, cuando Toledo se viste de Corpus. Los toldos, antes de ser colocados, ya crean una peculiar imagen pues durante instantes se convierten en fugaz alfombra que pisan niños y transeúntes. Después los interminables lienzos, muchos de ellos parcheados, se elevan a fuerza de sogas hasta cubrir la carrera con 2750 metros de lona que la Catedral coloca en sus calles circundantes y el Ayuntamiento en el resto.

En estos momentos la dulce penumbra de las calles invita a pasear por esta ciudad, que se vuelve más moruna que nunca; que parece recuperar sus hondas costumbres islámicas y convierte una lona, propia de los tenderetes de un zoco, en un palio de respeto para la Custodia que, además, evitar que se moje si llueve, algo frecuente en estos días, y que ha dado lugar a nuestro popular dicho de que ¡toldo mojado, Corpus mejorado!, aunque el agua provoque roturas y haga necesario, a pesar de perder ese sabor de lo auténtico, la reposición de muchos de ellos.

Y bajo la tortuosa línea de los toldos el día del Corpus se mueven dos interminables filas, cuya horizontalidad engulle las diferente alturas humanas, donde la perspectiva hace que altos y bajos queden del mismo tamaño. Sobre esa gran marea horizontal, se yergue la majestuosa verticalidad de la Custodia gracias al dispositivo mecánico, diseñado en 1600 para la carroza por el astorgano Pedro Torres con el fin de para mantenerla así, a pesar de los desniveles, y de las subidas y bajadas por las calles.

¡Y como no! hay un Corpus del olor; el de nuestras ventanas estallando a guiso en la víspera; o el de la fragancia a campo, a nuestro Valle, cuando el romero y el tomillo, la mejorana y el cantueso cubren las calles; o el del intenso olor a incienso quemado en una naveta de plata junto a la custodia; y el de la cera durante las ceremonias catedralicias; o el del sudor del apretado gentío en la calle y en los toros; o el de los perfumes en la gente de guapo. Es el día de los olores y solo basta un día para olerlos todos.

Y no habría Corpus si no tuviéramos el de los sonidos, percibidos muchos de ellos por el contraste con otros. Es el del respetuoso silencio cuando llega la Custodia, roto bruscamente por los aplausos; es el de las alborotadas campanas que repican cuando pasa la custodia por cada una de las iglesias del recorrido o el de las campanas de la torre que, al voltear cuando llega la Custodia a Arco de Palacio, provocan el apresurado vuelo de las palomas. Es el Corpus de la música popular, cuando las bandas la elevan por encima de los murmullos de la muchedumbre y el de los bailes en las plazas durante la noche de la víspera; o el de la apoteosis de las trompetas de los órganos catedralicios que con el campanillo del coro, sumen al templo en el mayor de los conciertos barrocos; y después, como dijo

Blasco Ibáñez “la iglesia, tan ruidosa e iluminada durante la mañana, despoblábase rápidamente, cayendo en el silencio y la penumbra”.

Es el Corpus de las bombas y dianas que rompen bruscamente la pereza y el sueño del alba; o el de los cohetes que anuncian los gigantones en la tarde de la víspera o el final de la fiesta.

Y es el Corpus del último silencio, el del paseo nocturno por las solitarias calles entoldadas.

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

La calle del Pozo Amargo, se hace cada vez más larga y pesada. El chico ha llegado a la plazuela. Está solo frente a un pozo emperifollado con reja goticista, pero el humilde brocal conserva la vieja tapa de hierro que oculta ese agua que, un lejano día, hizo amarga el llanto de la bella Raquel por la muerte de su amado. No ha cambiado el jardín recoleto que recuerda estos amores imposibles de la leyenda; ni los paredones de la casa de los Molero, el antiguo taller sedero donde se tejieron las casullas y capas clericales del Corpus, después convertido en prosaica fabrica de fideos; ni tampoco la colorada casa de pisos que introdujo en el barrio un nuevo tipo de edificio.

El chico ha llegado a la plaza del Ayuntamiento. El pantalón corto ha dejado paso a los vaqueros; en la mano ya no lleva al Capitán Trueno, ahora tiene un libro de León Felipe. Bebe en la fuente, y apoyado en su pretil, lee:

“Ahora estoy de regreso, he llegado hace poco,
Soy nuevo en la ciudad... Y esto quiere decir:
Me durmieron con un cuento...
Y me he despertado con un sueño”.

Si, un sueño cuyas protagonistas son unas extrañas figuras. No... no son extrañas... solo un poco desdibujadas en la memoria. Son los gigantes de Lorenzana, que hace muchos años los había visto, muy deteriorados, en las claverías, cuando subía a la Campana Gorda.

No es un sueño. Es la primavera del 2001 y a la cuesta del Pozo Amargo han quedado pegados más de cuarenta años. Y la vida del muchacho sigue prendida a la magia de esta ciudad.

Frente a él está su gigantona preferida, la negrita con una paloma en la mano, y junto a ella, un hindú de largos bigotes que hace compañía al alcalde del bando, ya muy viejo. Han salido del claustro alto arreglados y de estreno, gracias a la restauración hecha por la Junta Pro Corpus en 1985. Son algunas de las nueve grandes figuras dieciochescas, formadas por el Cid Campeador y una pareja de cada uno de los cuatro continentes descubiertos hasta entonces, pues Australia lo fue a finales del XVIII. También hay una Tarasca nueva, hecha en ese año 1985, copiando la de las claverías, pues esta había dejado de salir por su mal estado en 1964. Ana Bolena luce un traje nuevo de terciopelo y las gigantillas ya no utilizan las miedosas vejigas.

Ahora la ciudad es capital de la Región y vive al ritmo de nuevos tiempos democráticos; el crecimiento de sus habitantes, hasta los 69.000 actuales, ha poblado el barrio del Polígono en aquellos terrenos comprados en 1960 y ha hecho nacer otros nuevos como Buenavista. Y cuarenta años después, otra vez la Sala Capitular del Ayuntamiento ha sido escenario de la compra de terrenos para crear un nuevo barrio en la Vega Baja. Eso sí ya no presidió el acto ningún Cardenal. Es un signo de los nuevos tiempos.

El barrio de los Tintes sigue teniendo sus casas transparentes, su tienda y su pretil, y es camino obligado de los toledanos que suben al Valle en la remozada barca actual... pero en el río ya no nos podemos bañar, ni en él hay fábricas de harinas o de luz. Y la piedra gorda ha sido sacrificada por un paseo ajardinado que acercaba la ciudad más al Tajo; aunque una riada destrozó su jardín y todos esperamos, como al olmo de Machado que un milagro de la primavera municipal, le haga brotar nuevas hojas verdes.

PREGON CORPUS 2001

Enrique Lorente Toledo

Pero estas sensaciones no se perciben igual en todos los momentos de la fiesta. Uno de estos momentos mágicos comienza cuando la carroza discurre lentamente por las naves catedralicias entre el incienso, los sones de los órganos de Berdalonga y del Emperador y los aplausos de la gente. Y por encima de ellos sobresale el sonido del campanillo que rueda sin parar desde el coro; su tono, monocorde y brillante, proclama el papel de las humildes campanas en ese día.

Pero ese momento se prolonga a la calle. Cuando aparece la Custodia por la Puerta Llana y se une lo religioso con lo profano: las notas desgranadas por la banda militar, las salvas de honor y los aplausos sustituyen a la música de órgano; las potentes campanas de la torre hacen callar al campanillo y entre una nube de polvo de pólvora e incienso avanza la Custodia, bajo los toldos y las guirnaldas de pino, mientras los vecinos echan los primeros pétalos de rosa y brillan al sol los tapices colgados en los ásperos muros de la Catedral.

Y la procesión prosigue, ante el saludo marcial de los cadetes, que cubren la carrera desde 1892, y entre filas apretadas de espectadores, muchos de los cuales aguardan pacientemente de pie desde hace más de dos horas, para conseguir un buen sitio tras las sillas del rico muestrario, donde bullen sus propietarios como si estuvieran sentados en verdaderos tronos, al sentirse privilegiados por ocupar las primeras filas.

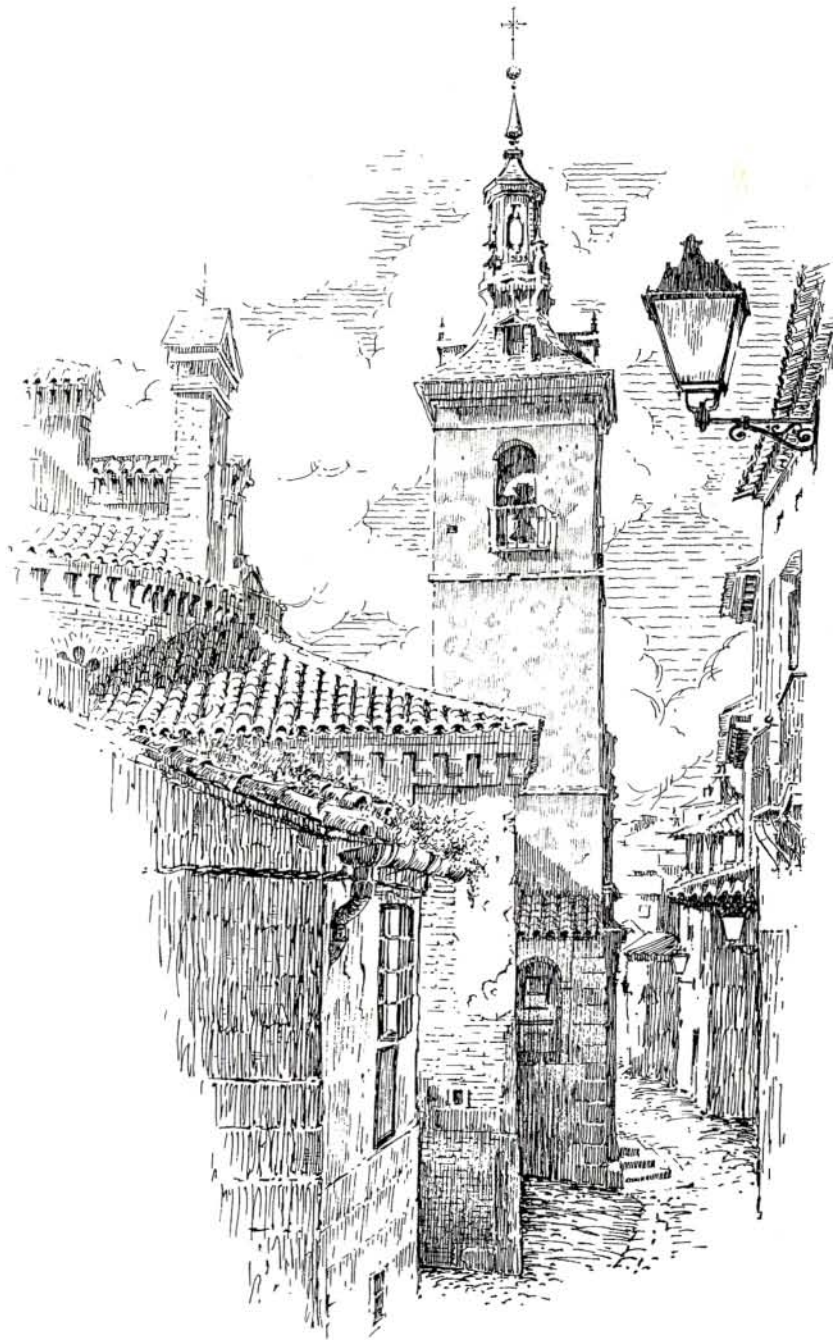
Es el tiempo de la procesión, que se disfruta desde un balcón o a pie de calle; en la intimidad de una calle estrecha, donde hay que sujetar a los caballos para evitar que nos aplasten; o en la amplitud de una plaza, donde se percibe la majestuosidad del cortejo. Es el tiempo de una procesión que lleva 583 años saliendo por las calles de Toledo.

Pero hay otros tiempos del Corpus como el de la víspera, donde la tarde renueva el regocijo infantil y la noche se hace saludo entre gente que se reencuentra bajo luces, toldos y guirnaldas; y donde los abrazos alternan con migas o limonada ofrecidas por los vecinos. Hay un tiempo del alba cuando se reparten por las calles solitarias las hierbas aromáticas todavía en ramilletes, y cuando la Catedral se viste con los tapices que mando tejer en Bruselas, sobre cartones de Rubens, el cardenal Portocarrero a finales del siglo XVII. Son estas horas un tiempo para deleite y disfrute en soledad de los menos perezosos. Hay también un tiempo de toros, dedicado a nuestro ancestral tótem de la fiesta, donde el centro está en el albero de la plaza construida el siglo pasado y donde el cigarro puro y el bocadillo aun son compañeros de viaje de los entendidos en chicuelinas y pases de pecho. Remata la fiesta un tiempo de feria que, entre el humo de churros y frituras, polvo y sirenas, altavoces y música, discurre en la Peraleda.

Esta es la grandeza del Corpus. Hacer posible vivencias distintas en cada calle o barrio; provocar actitudes diferentes; dar lugar a múltiples sensaciones y tener diversos tiempos que permitan disfrutar y vivir la fiesta a los vecinos de todos los barrios de la ciudad, de acuerdo con sus preferencias. Al final, lo más importante es haberla vivido con sensación de plenitud.

Por eso, amigos y amigas, yo os animo a disfrutar especialmente este primer Corpus del Milenio, este primer Corpus del Milenio, y deseo que sea un buen augurio para que siga siendo la Fiesta Grande de nuestra ciudad.

Corpus Christi 2002



TOLEDO . SANTOS JUSTO Y PASTOR

Riño